

Por S. E. el Dr. JULIÁN R. CÁCERES

*Embajador de Honduras*

Los creadores del Día Panamericano de la Salud, habrán de sentirse ufanos porque hoy, en su celebración, se ha levantado, tal una nueva esperanza sobre los ámbitos de América, la palabra alentadora e inteligente de la Primera Dama de la Primera República de América, y para quien trajera yo, después de haberla oído, las rosas más fragantes de la tierra de Honduras, en tanto su palabra queda grabada, como en diadema de luz, sobre el corazón del Continente.

El Día Panamericano de la Salud connota, dentro de la unidad espiritual de los pueblos de América, todo un programa de redención social.

Todos recordamos que en 1826 se trazan, a lo largo del Continente Americano, las trayectorias de un programa para la conservación de la independencia política de las nacionalidades que, cual pléyade de astros, iban surgiendo en los cielos de América.

Recordamos, asimismo, que con la primera Conferencia Panamericana de 1890, los pueblos del Universo Nuevo, que diría Bolívar, presienten, sobre los horizontes de los ideales en gesta, los entendimientos colectivos de una fraternal vinculación que, a través del imperdurable proceso panamericano, han llegado a culminar en la seguridad y defensa de todas y cada una de las naciones de América.

Pero, además, con las conclusiones del Congreso Higienista de 1881, celebrado aquí mismo en la ciudad de Wáshington, y con el programa de trabajo a seguir de acuerdo con las diez posteriores Conferencias Sanitarias Panamericanas, mencionando la Cuarta Conferencia de Directores Nacionales de Sanidad, que fué la que, extrayendo un símbolo de los predicados de la higiene, creó el Día Panamericano de la Salud, los pueblos y gobiernos de la América se mancomunan con nuevos motivos, tan profundos y trascendentales como la defensa misma de la tierra propia, para destruir la bacteria que contagia y combatir el bacilo que mata.

De manera que los trabajos de los higienistas, que las investigaciones de los técnicos en el campo de la sanidad, auspiciados por la Oficina Sanitaria Panamericana para combatir las enfermedades y vencer la peste y aún la muerte misma, determinan un complemento del Panamericanismo activo, materializan un factor de imponderable asistencia social y dan relieve a la unidad moral del Continente.

Es a esa labor de enaltecimiento físico, realizada por la Oficina Sanitaria Panamericana, en hermandad con las prescripciones de la higiene y de la sanidad, y en cooperación con diversos factores técnicos, morales y económicos de nuestros pueblos y gobiernos, y de asociaciones de Ciencia y Filantropía, que la Comunidad Americana paga hoy tributo merecido, al celebrar el Día Panamericano de la Salud.

Ningún esfuerzo más humano y vital para la raza que habita el Continente, que éste desplegado, mediante la cooperación panamericana, para sanear las ciudades, para limpiar las viviendas, para facilitar el agua, la luz y el calor, y el equilibrio del alimento mismo, en las formas apropiadas al bienestar de nuestros pueblos.

No dejaríamos de rendir aquí el elogio más cálido a la noble tarea que en orden a la salubridad, realiza en varios países de América, entre ellos Honduras, mi patria, el Servicio Cooperativo de Salubridad Pública, organizado en cooperación con los respectivos gobiernos, por la oficina de Coordinación de Asuntos Interamericanos, creada por el gobierno de los Estados Unidos. Mediante esa organización se combate la malaria de los trópicos; se abren clínicas para la tuberculosis y demás enfermedades contagiosas; se fundan salas de maternidad y de higiene infantil; se crean centros de consulta y asistencia médicas; se construyen sistemas de drenaje y de agua potable, crematorios y edificios para laboratorios y oficinas de sanidad, y se traen, aquí mismo, a los Estados Unidos, a profesionales y expertos para especializarse en ramos de la higiene, de la salud pública, de ingeniería sanitaria, y asistencia social. En fin, las funciones de la coordinación interamericana, sirven, en los países de América, a los fines de la profilaxis del individuo como la política del buen vecino sirve a los fines de la profilaxis del espíritu de América.

Y como la política de la buena vecindad se expresa en coeficientes de cooperación internacional, he aquí, que bajo la inspiración del más admirado líder de las Naciones Unidas, el Excelentísimo Señor Presidente Roosevelt, la Conferencia de Alimentos y Agricultura celebrada en Hot Springs, y en la que participan 44 Naciones Unidas para ganar la guerra, se unen, asimismo, mediante entendimientos de ayuda positiva, para hacer la guerra al hambre, a la miseria y a la peste en el vasto universo de los hombres.

En esas mismas trayectorias, la primera reunión de las Naciones Unidas para la Administración del Socorro y la Rehabilitación en los territorios devastados, alinea los esfuerzos de los pueblos y gobiernos para prevenir las plagas que la guerra trae consigo; para ayudar al huérfano que quedó abandonado en medio de los horrores del incendio, para reconstruir el hospital, el asilo, el hospicio materno, que arruinó la agresión despiadada; en una palabra, para poner a caminar la vida, sana y limpia, en los campos de la desolación y de la muerte.

Por lo demás, el sistema panamericano, que se fundamenta en la cooperación internacional, encaja en los trabajos y convenios de los gobiernos amigos para salvaguardar la salud de los pueblos; y el sistema panamericano, siendo tan extenso y tan ecléctico en su funcionamiento, persigue y obtiene la unificación de las naciones de América dentro de la ayuda recíproca entre las mismas; y en las tareas comunes para infundir las enseñanzas de la higiene y llevar los beneficios de la sanidad

a todas las poblaciones, realiza una espléndida labor de cohesión, de ideas, y realidades interamericanas que como que se tradujeran en el lema de la limpieza del cuerpo y la limpieza del alma, porque si el panamericanismo hace la guerra a los gérmenes del contagio físico, también hace la guerra a las larvas de ideologías totalitarias, que no caben en el espíritu de América y que ahora mismo se exterminan con los lanzadores de fuego en los frentes de batalla.

Día llegará en que esta fecunda labor panamericanista de saneamiento de nuestras poblaciones, de higienidad en nuestro común vivir produzca, a través de la palingenesia de nuestros conglomerados étnicos, los vigorosos ejemplares humanos, que sin ostentar la arrogancia absolutista del superhombre sin albedrío y sin conciencia, pero con fuerza en el músculo, fe en el corazón y la sonrisa de la propia seguridad en los labios, vivan, sanos e invencibles, de cara al sol inapagable de América, como presea incomparable de la nueva humanidad que está surgiendo de los propios yunques de fuego de la Libertad.

Por S. E. el Sr. Don PEDRO BELTRÁN

*Embajador del Perú*

Dentro de unas horas debe tener lugar en Lima la iniciación de las labores del Segundo Instituto Interamericano de Administradores de Hospitales bajo los auspicios del Gobierno del Perú, de la Oficina Sanitaria Panamericana y de la Asociación Interamericana de Hospitales. A esa reunión concurren no solamente técnicos de los países cercanos, conforme se esperaba en un principio, sino también hombres especializados de muchas otras naciones, como Cuba, México, las Repúblicas Centroamericanas y el propio Estados Unidos, con el fin de cambiar impresiones y discutir el mejor funcionamiento y la mejor utilización de los hospitales en beneficio de la salud pública.

Tenemos así una nueva prueba del deseo de cooperación de los países de nuestro hemisferio en toda obra altruísta que haya de acarrear resultados benéficos no únicamente para nosotros sino asimismo para el mundo entero. Y es apropiado que esto suceda en el Día Panamericano de la Salud en el que año tras año vienen reafirmando las naciones americanas su propósito de luchar por defender el potencial humano que es el capital más valioso con que cuenta el mundo. Debemos preocuparnos del ser humano antes que de todo progreso material.

La actual guerra nos está enseñando, una vez más, la poca importancia que tienen las pérdidas materiales, por grandes que ellas puedan ser, cuando se comparan con la destrucción de la vida humana. En efecto, no sólo habrá de llegarse a reparar la devastación causada por duro que sea el esfuerzo y por largo que sea el tiempo necesario para lograrlo sino que, la labor de reconstrucción habrá de mejorar y superar lo que pretenda reponer. Es cierto que las obras de arte son irremplazables; pero la pérdida de una sola vida humana significa mucho más que todo